

NOTAS HERÉTICAS SOBRE LÓGICA Y SOFÍSTICA EM LA “APOLOGÍA DE SÓCRATES

[HERETICAL NOTES ON LOGIC AND SOPHISTRY IN SOCRATES’S APOLOGY]

*Sirio López Velasco **

RESUMEN: En este trabajo sometemos a análisis crítico (desde el punto de vista de la lógica y del rechazo a la sofística) la conducta y discurso del maestro Platón en la obra destinada a perpetuar su gloriosa memoria: la “Apología de Sócrates”. Veremos que en su autodefensa Sócrates incurre en equívocos lógicos y usa diversos recursos de tipo sofístico (que bien hubieran podido servir a su principal acusador, Meleto). Así nuestra lectura humaniza al personaje y contribuye a hacer menos clara la neta línea divisoria que Platón intentó trazar entre su maestro y los sofistas (línea, que por cierto, no existía en la visión que de Sócrates nos pintó Aristófanes en “Las Nubes”).

PALABRAS-CLAVE: Sócrates, Apología de Sócrates, lógica, sofística

ABSTRACT: In this paper we submit to a criticism analysis (on the approach of Logic and refuting sophistry) the behavior of Socrates on his self-defense (in Plato’s Socrates’s Apology). We shows the logical mistakes committed by Socrates, and his sophistic maneuvers. So our approach humanizes the philosopher and shows that it don’t exist a clear border between Socrates and sophists, as Plato try tell us.

KEYWORDS Socrates, Socrates’s Apology, logic, sophistry

INTRODUCCIÓN

Aquí nos proponemos abordar brevemente algunas cuestiones lógicas y otras relativas a ciertos recursos sofísticos que aparecen en la defensa de Sócrates según nos la relata Platón en su “Apología de Sócrates”. Al traer a luz estos claroscuros se matiza la imagen que Platón tejió de su maestro, dominante hasta hoy, pintándolo como alguien que apegado a la razón buscaba directamente y sin subterfugios la verdad.

** Doutorado em Filosofia - Université Catholique de Louvain. Pós-doutorado em Ética no Instituto de Filosofia do Conselho Superior de Investigações Científicas (Madrid, España, 2002). Professor titular da Fundação Universidade Federal do Rio Grande, atuando no Doutorado e Mestrado em Educação Ambiental.. m@ilto.lopesirio@hotmail.com.*

INFERENCIAS LÓGICAS INCORRECTAS Y RECURSOS SOFÍSTICOS EN LA PRIMER PARTE DE LA AUTODEFENSA DE SÓCRATES

En la primera parte del discurso que Platón le atribuye a Sócrates, ante el Tribunal donde se defiende de las acusaciones que lo llevarán a la muerte, aparece un claro recurso sofístico cuando, al rebatir la acusación de “corruptor de la juventud”, nuestro personaje comienza por preguntar a Meleto si los jueces que oyen a ambos tienen prácticas educativas adecuadas con los jóvenes; y digo que esa hábil estrategia es sofística pues Meleto sabe que si llegase a enunciar alguna duda acerca de la corrección de la acción de los jueces, estaría comprometiendo claramente su suerte en el juicio recién iniciado; o sea, que Sócrates sabe que su interlocutor no velará por la verdad de su respuesta, sino que se acomodará necesariamente a lo que el interrogador espera; y éste (Sócrates) espera una respuesta positiva, para seguir preguntando si las diversas autoridades y asambleas de la Polis tienen igual conducta educativa correcta; sabiendo que, otra vez, Meleto está obligado a responder afirmativamente, so pena de condenarse a perder el juicio. Todo ello prepara el terreno para que Sócrates pregunte si Meleto cree que sólo él (Sócrates) tiene conductas corruptoras de la juventud, a lo que Meleto responderá afirmativamente.

Entonces Sócrates ensaya una defensa sorprendente afirmando que así como ocurre en el entrenamiento de los caballos, no son los más sino los menos los que saben hacerlo correctamente; con lo que quiere que se infiera que él puede ser el único (o por lo menos parte de la minoría) que tiene la práctica educativa correcta para con los jóvenes, mientras los otros mencionados antes (o por lo menos parte de ellos) pueden estar en el error. Constatando de paso que esa estrategia pudo granjearle a Sócrates las peores antipatías en el jurado (lo que al parecer sucedió, teniendo en vista su decisión final), pues duda de la conducta de por lo menos algunos de los miembros de éste, queremos llamar aquí no obstante la atención hacia una inferencia lógica equivocada usada por el maestro de Platón.

En ese momento la tesis que defiende Sócrates es la de que “(sólo) algunos hombres saben amaestrar bien a los caballos”, y por analogía “(sólo) algunos hombres saben educar bien a los jóvenes”, a lo que se agrega, implícitamente “y yo soy uno de ellos”. Ahora bien, hay que notar que de la sentencia “Algunos hombres saben educar bien a los jóvenes” ($\exists x ax . bx$) sólo se pueden inferir correctamente las sentencias “Algunos hombres no saben educar bien a los jóvenes” ($\exists x ax . \sim bx$) y “No todos los hombres saben educar bien a los jóvenes” ($\sim \forall x ax \rightarrow bx$); pero de aquella sentencia no se puede inferir con corrección la sentencia

“Sócrates sabe educar bien a los jóvenes ” (bx1), pues la misma sólo es correctamente inferible de la sentencia “Todos los hombres saben educar bien a los jóvenes” ($\forall x ax \rightarrow bx$), que es, precisamente, la sentencia que Sócrates niega. Así la argumentación de Sócrates no le permite deducir (ni siquiera implícitamente) de acuerdo a la lógica, la sentencia que pretende afirmar, o sea “Yo sé educar bien a los jóvenes” (sea en posición única o como parte del conjunto de los hombres que sabe hacer eso), para rechazar la acusación de que los corrompe.

El desmentido que acabamos de presentar podría servirle a Meleto para reforzar con ese nuevo ejemplo su oposición a Sócrates en relación a otra de sus acusaciones: la de “dar razones inválidas por válidas” lo que equivale a una acusación de sofística (o de charlatanería), o sea, de ofensa a la lógica del buen razonar.

En lo que respecta a la otra acusación que es la de impiedad, Sócrates dice que Meleto lo acusa de “ateísmo” y de “introducir nuevos dioses en la ciudad”. Y entonces se defiende alegando que las ideas que consisten en considerar como piedras al Sol y a la Luna no son de él, sino de Anaxágoras, por lo que en ese caso no estaría introduciendo en Atenas nada nuevo (ya que los libros de aquel filósofo podían comprarse libremente en el Ágora, agrega). Pero muy astutamente se guarda Sócrates de manifestar abiertamente su opinión acerca de tan delicado tema, pues remata este punto de su defensa diciendo que si Meleto lo acusa de introducir nuevos dioses, eso prueba de por sí que Sócrates no es ateo, pues su pensamiento incluye (por lo menos algunos) dioses, y que quien se contradice es su acusador. De inmediato dice que si Meleto lo acusa de creer en demonios, también se contradice, pues es punto pacífico entre los atenienses que los demonios son hijos de los dioses, por lo que, creer en los primeros presupone la creencia en los segundos. No obstante aclarará después que en realidad ese demonio que lleva dentro es su conciencia, que le dicta qué hacer y qué no, con lo que de hecho planea la duda acerca de la creencia real de Sócrates en la filiación entre demonios y dioses, y sobre su presunta creencia en estos últimos, por fuerza de presuposición.

Más adelante reivindica Sócrates nuevamente su acción de filósofo (que sabe que no sabe, y por eso busca el saber) como resultado de la orden “del dios”, que de hecho es el oráculo de Delfos, quien habría respondido negativamente la pregunta de Querefonte cuando éste lo inquirió acerca de si había algún hombre más sabio que Sócrates. Y esta es la única afirmación clara de creencia de Sócrates en un dios determinado (cuyo testimonio favorece y enaltece directamente a Sócrates; ¿será ello casualidad, u otro recurso sofístico?). Pero

concluyendo la primer parte de su defensa (aquella que precedió a la primera decisión Tribunal sobre su culpabilidad o inocencia), Sócrates vuelve a los meandros de la indefinición cuando proclama “Creo en los dioses como ninguno de mis acusadores, y les dejo a ustedes y al dios el juicio de lo que sea mejor para ustedes y para mí”; ahora, la primera parte de esa frase es una afirmación gratuita, y en lo que respecta a la segunda, por lo dicho antes, tal “dios” en singular no puede ser sino y tan solamente el oráculo antes mencionado.

Nótese que esas astutas maniobras sofisticadas e idas y vueltas dejan sin respuesta las capitales preguntas: ¿cree Sócrates en los dioses, en plural?; y en caso positivo: ¿en cuáles? (si exceptuamos el oráculo de Delfos, cuyas palabras lo benefician directamente). Con tales maniobras y dejando esas preguntas sin respuestas, Sócrates se aleja claramente de la imagen que de él nos lega Platón (que es la de un buscador franco de la verdad y la de un enunciador corajudo de sus convicciones), al tiempo en que espera burlar la vigilancia punitiva de los jueces (dispuestos siempre a castigar con la pena máxima cualquier evidencia de impiedad). Así, a despecho de la apasionada defensa de Platón, las propias palabras y conducta que éste pone en boca de su maestro, lo bajan del pedestal del insaciable y corajudo buscador de la verdad (en supuesta oposición neta a los sofistas, cosa que ya Aristófanes había desmentido implícitamente en “Las Nubes”).

Ahora, antes de concluir la primera parte de su defensa Sócrates invoca como prueba de que no ha corrompido a la juventud el hecho de que ninguno de los jóvenes que lo frecuentaban, ni sus familiares, nunca lo acusaron de tal práctica. Mas notemos que a tal argumento se le podrían oponer dos objeciones; la primera consistiría en decir que quizá tales acusaciones no hayan aparecido por el hecho de que los afectados no percibieron que en tales diálogos y convivencia se los estaba corrompiendo (cosa que sí percibió Meleto); y la segunda consistiría en hacer valer que quizá, aun percibiéndolo, no quisieron acusarlo por amistad, pena, o simple displicencia.

En lo único que parece sólida la primera parte de la defensa socrática es en su rechazo de la acusación de cobrar a cambio de los diálogos filosóficos entablados con quien quisiera oírlo, pues aunque nuevamente invoca como prueba la falta de testigos de tal práctica, a ello se suma otra prueba que parece irrefutable: la evidencia de su pobreza que sería visible a los ojos de todos sus conciudadanos. Ahora bien, un abogado del diablo incluso ante esa evidencia podría alegar que quizá Sócrates cobrase, pero, o no cobrase lo suficiente, o no supiese administrar los dineros ganados (pues no sería ni el primero ni el último

en perder fortunas por no saber conservarlas).

SEGUNDA Y TERCERA PARTE DE LA DEFENSA

Al principio de la segunda parte de su defensa Sócrates incurre nuevamente en una maniobra sofística al considerar que su culpabilidad se vio disminuída (o incluso negada, pues dice “haber escapado de las manos de Meleto”) por el escaso margen de votos (unos treinta) que la decretaron; porque de dos una: o se considera que sólo una unanimidad de los jueces convalida una culpabilidad, o el voto de la mayoría simple basta para establecerla, como rezaba la ley vigente, con lo que, en este último caso, la evaluación de Sócrates cae por tierra.

Y en seguida trata el acusado de aliviar preventiva y astutamente el castigo subsecuente, al preguntarse por la pena o multa (retengamos esta segunda opción) que habrá de aplicársele. Es más, llega a considerarse digno de ser mantenido en el Pritaneo (como se hace con los héroes olímpicos) en recompensa de la Polis por su labor filosófica, e intenta apartar otra vez el peligro de muerte al recordar que en otras ciudades tal condena no puede surgir de un juicio de tan sólo un día. Antes acababa de sostener que cree no haber hecho nunca voluntariamente ningún mal a nadie; pero aquí el abogado del diablo y la lógica podrían retrucar que también involuntariamente se hace el mal, y es al mal a quien debe castigar el jurado, en la persona de quien lo ha practicado (como se estipula, por ejemplo, en los casos de homicidio culposo, que son aquellos en los que el matador no tiene la intención de matar, pero no por ello deja de ser castigado).

Mas Sócrates ya evoca rápidamente otra vez la posibilidad de una multa, o de las penas de prisión o exilio (desviando nuevamente la atención de sus oyentes de la pena capital), para negar la posibilidad del exilio con el argumento de que en cualquier otro lugar correría la misma suerte a consecuencia de la labor filosófica que no sabría abandonar; entonces el abogado del diablo podría replicar que tal reacción unánime de las ciudades sería un argumento más a favor de la evidencia de la labor corruptora de Sócrates, y de su necesaria condena a muerte. Pero ya vuelve otra vez Sócrates hábilmente a barajar la eventualidad de una multa, aclarando que, aunque no tiene dinero, podría pagar una suma acorde a sus haberes (exactamente una mina de plata), suma que se podría multiplicar por treinta con la colaboración solidaria de jóvenes allí presentes (entre quienes cita a Platón). Y allí concluye la segunda parte de su autodefensa.

Creo que es sólo en la tercera parte de la autodefensa de Sócrates

(aquella en la que ya sabe que ha sido condenado a la pena capital) donde puede asentarse sin trampas lógicas o sofisticas la estatura ejemplar y ejemplarizante que Platón quiso dar a su maestro. Pues es allí donde Sócrates evalúa serenamente la muerte, e incluso se congratula por su advenimiento (ya que podrá filosofar en el Hades en diálogo con grandes griegos) y se permite la ironía-augurio final de interrogarse acerca de si en las circunstancias del caso tiene mejor destino quien va a la muerte (él) o quienes siguen viviendo (verdaderos “condenados a seguir viviendo”, podría decirse en términos que evocan ecos sartreanos).

BREVE CONCLUSIÓN

Las conclusiones quedan por cuenta del lector (más avezado en una mirada crítica del “personaje Sócrates” si ya leyó su ácida apreciación a cargo de Nietzsche). Por nuestra parte nos limitamos a pensar que el mérito de nuestra lectura consiste en humanizar a la figura, al tiempo en que contribuimos a mostrar que entre Sócrates y los sofistas no existía aquella línea divisoria neta trazada por su apasionado discípulo Platón (línea, que por cierto, no existía en la visión que de Sócrates nos pintó Aristófanes en “Las Nubes”).